

Caminando frente a la eternidad

Por *Ing. Rolando H. Bocanera*

Poca gente ha oído hablar de los bosques petrificados y de la maravilla que esto representa. En la Argentina existen varios lugares, especialmente en las provincias de Chubut, Mendoza y Santa Cruz, en donde se manifiesta este fenómeno geológico. Historia, secretos y misterios de una belleza natural que conforma un paisaje único e incomparable.

Introducción

El hombre moderno está cruzando el umbral de inimaginables misterios de la ciencia. Nos sorprendemos con los viajes espaciales y las galaxias, entramos en el azaroso funcionamiento de la mente humana, jugamos con la cibernética y las sorprendentes combinaciones cromosomáticas y, sin embargo, pasamos por alto aquellas cosas que encontramos caminando sobre la superficie de nuestro planeta en el cual, si prestáramos atención, quizás nos sorprenderíamos aún más.

El telón de la ciencia se ha corrido por la ciencia misma. La Argentina es una caja de sorpresas para aquellos que tienen tiempo o sensibilidad para saber verlas. Es así que poca gente ha oído hablar de los bosques petrificados, una maravilla natural con la cual pocos países cuentan.

En la inmensa belleza y extensión de nuestra Argentina existen varios sitios en los que se manifiesta este fenómeno geológico y, en uno de ellos, en la provincia de Santa Cruz, los argentinos tenemos un bosque de singulares características, además de los que se encuentran en Chubut, Mendoza y San Juan.

Santa Cruz ofrece su secreto

Enclavado entre las localidades de Jaramillo y Tres Cerros yace ese trozo de eternidad, un bosque de araucarias que, como con un embrujo mágico, se transformó en piedra; en parte sepultado por las cenizas volcánicas, otras descubiertas, expuestas ofreciendo su magnificencia, poniendo en evidencia la antigua existencia de un cataclismo que modificó la Patagonia.



Ubicado al noreste de Puerto Deseado, recorriendo la ruta 281 que lleva a Fitz Roy hasta empalmar con la ruta 3 y desde allí sólo a 75 kilómetros, se ingresa a un camino de ripio que lleva a este yacimiento geológico impresionante.

Rodeado por un paisaje suavemente ondulado enmarcado por mesetas multicolores se destaca hacia el sur, como un guardián, el cerro Madre e hija, de escasos 400 m de altura, desde el cual se desprenden lenguas de lava solidificada brindando una curiosa serie de canaletas rojizas. En la base, fragmentos de coníferas fosilizadas, algunas dejando testimonio de su otrora imponencia: 35 m de largo y 3 de diámetro.

Aquellas cenizas que las sepultaron hace milenios hoy se han ido como consecuencia de la acción del viento y del agua, dejando a la vista su enorme impronta.

En aquellos tiempos pretéritos existían en la zona ricos bosques de coníferas, en especial la *Araucaria mirabilis*, desarrollándose en un clima cálido con vientos húmedos del Pacífico, vientos que recibían pues aún no existían los Andes. Hoy, la ciencia encuentra en su geología una explicación del porqué en la actualidad el paisaje cambió de tal manera.

Visitar estos parajes se torna en un paseo por el tiempo silencioso, que cuenta con su existencia una historia de millones de años durante los cuales los troncos se convirtieron en piedra y el entorno de bosques, en volcanes apagados, mesetas desgastadas, conservándose intacta la sensación de paz y silencio que permaneció inalterable.

La zona también ofrece un museo paleontológico en el cual se pueden apreciar aquellos dinosaurios que recorrían sus bañados, ya que en las cercanías de la reserva se descubrieron fósiles de *Platesaurus* y huevos de *Mussaurus patagonicus*.

Los bosques petrificados patagónicos fueron descubiertos por Florentino Ameghino, quien los menciona en su libro *Doctrinas y descubrimientos*.

Francisco P. Moreno informó acerca de la existencia de vegetales fosilizados cerca del río Chalia; el arqueólogo Osvaldo Menghin, en sus cartas sobre la cronología de la edad de piedra en la Patagonia, hace referencia a las glaciaciones y movimientos orogénicos, avances y retrocesos del mar en el sur argentino.

Hoy todo el paisaje atestigua lo dicho mediante sus mesetas erosionadas, sus coladas volcánicas de basalto, sus restos de animales marinos en zonas altas –tal cual lo dicho por Charles Darwin en su viaje por el Beagle–. Cada uno de ellos contribuyó para que desde la geología existiera una explicación para semejante manifestación de la naturaleza.

El principio y el fin

¿Cuándo comenzó ese cambio en la Patagonia? Fue hace 150 millones de años: un cataclismo climático aniquiló el verdadero vergel que era esta zona del planeta, con sus bosques de árboles gigantes de más de cien metros de altura y mil años de vida, antepasados de las actuales araucarias. Transcurría la era geológica conocida con el nombre de jurásica, el mundo era muy distinto al actual, el continente americano y el africano (unidos en ese entonces en un continente llamado Pangea) comenzaron a separarse dando origen al nacimiento paulatino del océano Atlántico. La división vino acompañada de movimientos sísmicos, huracanes y movimientos orogé-

nicos que convulsionaron el entorno de la primitiva Patagonia. Las nubes de ceniza originadas por las erupciones volcánicas cubrieron el cielo, miles y miles de toneladas de roca fueron lanzadas generando la cordillera dorsal Atlántica. Las nubes de ceniza fueron transportadas por los vientos, se depositaron sobre los bosques sepultándolos y, con ellos, a sus dinosaurios bajo una lápida pétrea. Pasaron muchos siglos hasta que se consolidó la capa de cenizas, tiempos turbulentos y otros tranquilos hasta que devino una "bonanza" geológica que no duró mucho, otro fenómeno se produjo: la masa oceánica invadió la tierra patagónica con avances y retrocesos que duraron miles de años más.

El surgimiento de los Andes, hace aproximadamente cinco millones de años, ocasionó el retiro de las aguas y las glaciaciones, la erosión eólica y fluvial contribuyeron a darle a la topografía del lugar el aspecto que tiene actualmente: desértico.

¿Qué es la fosilización?

Los bosques de coníferas fueron devastados en el período jurásico por los huracanes y, posteriormente, cubiertos por nubes de ceniza volcánica. Luego el agua de lluvia compactó el suelo formando una lápida grisácea sobre los titánicos ejemplares botánicos.





El agua, con el correr de los miles de años transcurridos, actuó sobre los minerales de las cenizas que se combinaron con la celulosa de los vegetales produciendo una lenta y ácida reacción química, reemplazando el carbono de la madera por un átomo de silicio de la ceniza. Muchos siglos después, esta combinación nos ofrece un bosque transformado en piedra, la fosilización producida es tan perfecta que hasta pueden detectarse las células de los árboles.

Los bosques petrificados hoy día

En la Argentina existen otros yacimientos de singulares características. En la provincia de Chubut, a 150 kilómetros de Comodoro Rivadavia, cerca del río Senguerr, está Colonia Sarmiento, un pintoresco pueblo agrícola; a treinta kilómetros se encuentran los bosques petrificados José Ormaechea, descubiertos en 1927. Debieron pasar setenta millones de años para que esta maravilla natural se produzca, ahora a la vista rodeada de cerros arenosos rojizos o anaranjados.

También en Chubut, en la estancia Víctor Szalpelig, sólo a 65 kilómetros de Colonia Sarmiento pero de acceso más difícil.

En Mendoza, en Villa Vicencio y en San Juan, en Ischigualasto, existen bosques de menor tamaño que los anteriores pero de inmensa belleza.

Cada yacimiento tiene su propio museo con control y seguridad para sus visitantes, pero debe crearse una conciencia de conservación de estas maravillas naturales, ya que son comunes las depredaciones con fines comerciales o como simple *souvenir* generando una paulatina desaparición amparada por la ignorancia de quienes la practican.

Los saqueos son frecuentes, como el caso descubierto en 1958 cuando con un camión y una grúa depredadores intentaban cargar un tronco de varias toneladas para llevarlo al extranjero. Nunca se supo quién autorizó la operación, pero de haberse concretado hubiera reportado un

botín millonario para los depredadores y una pérdida irreparable para la humanidad.

El Monumento Nacional Bosques Petrificados de Santa Cruz fue creado el 5 de mayo de 1954, con una superficie inicial de 15.000 ha. Su importancia como área protegida impulsó a la Administración Nacional de Parques Nacionales a agrandar la zona, comprando dos estancias linderas con el yacimiento: una, el Cuadro y la segunda, La Horqueta que llevaron la superficie del parque a 63.000 has con aspiración a convertirse en parque nacional.

Epílogo

El regreso es rápido, el andar tranquilo del vehículo sobre el asfalto induce a pensar en el poder de la naturaleza que el hombre no pudo imitar, apreciar el resultado de semejante cambio apocalíptico nos hace experimentar la inconmensurable e intangible sensación de eternidad, quién puede imitar el cuarto día de la creación del génesis: muerta la vida, la vida vuelve a nacer, adaptándose a las nuevas condiciones del sistema. Así, en la zona volvió a nacer la vida, esta vez no como imponentes bosques sino como un paisaje achaparrado y herbáceo haciendo cumplir una vez más la ley que marca la evolución de nuestro planeta, dejando testimonio de una maravilla que hemos tenido la suerte de conocer: los bosques petrificados. ■

Rolando Bocanera es ingeniero egresado de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral. Se desempeñó como jefe en el Área Siderúrgica de los Altos Hornos Zapka en Jujuy. En 1964 ingresó a YPF en el Yacimiento del Norte, en Salta, con otros destinos en el interior del país, ocupando el cargo de gerente. Luego, en 1977, como interventor de Compras y contrataciones de la empresa. Fue profesor de la cátedra de posgrado de la Universidad de Buenos Aires en la carrera Ingeniería del petróleo. Estudió Administración de empresas y Arqueología.